



FRUTOS EXTRAÑOS

crónicas reunidas 2001-2008

Leila Guerriero

AGUILAR

- [FRUTOS EXTRAÑOS](#)
- [FRUTOS EXTRAÑOS](#)
 -
 - [Agradecimientos](#)
- [CRÓNICAS Y PERFILES](#)
 -
 - [El gigante que quiso ser grande1](#)
 - [Sueños de libertad](#)
 - [Vida del señor sombrero2](#)
 - [La voz de los huesos3](#)
 - [Pedro Henríquez Ureña: el eterno extranjero](#)
 - [El mundo feliz: venta directa](#)
 - [El amigo chino](#)
 - [La Patagonia](#)
 - [EL rey de la carne](#)
 - [El clon de Freddie Mercury](#)
 - [Rock Down](#)
 - [La leyenda de Facundo Cabral](#)
 - [Lazos de sangre](#)
 - [Rene Lavand: mago de una mano sola](#)
 - [El hombre del telón5](#)
 - [Tres tristes tazas de té6](#)
- [DISCUSIONES](#)
 -
 - [Enfermos de salud. Diatribas contra los guerreros del mijo7](#)
 - [Me gusta ser mujer... y odio a las histéricas](#)
 - [La pesadilla de los city tours](#)
 - [El no es un peligro vivo9](#)
- [SOBRE EL PERIODISMO](#)
 -
 - [Sobre algunas mentiras del periodismo](#)
 - [Tan fantástico como la ficción](#)
 - [¿Dónde estaba yo cuando escribí esto?](#)

- [La imprescindible invisibilidad del ser, O la lección de Homero](#)
 - [CODA](#)
 -
 - [Música y periodismo](#)
 - [notes](#)
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -
-

FRUTOS EXTRAÑOS

Autor: Guerriero, Leila

ISBN: 765719765976976247

Generado con: QualityEbook v0.37

FRUTOS EXTRAÑOS

Crónicas reunidas 2001-2008

LEILA GUERRIERO

Agradecimientos

A los que me contaron sus historias.

Y a Pilar Reyes, Carolina Jaramillo, Camilo Jiménez, Mario Jursich, Andrés Hoyos, Julia Luzán, Gregorio Rodríguez Ramos, Guillermo Altares, Irene Hes, Valeria Shapira, Hugo Caligaris, Teresa Batallanez, Hugo Beccacece, Raquel Loiza, compañeros de La Nación, Guillermo Osorno, Javier Arredondo, Claudia Itzkowich, Claudia Priani, Felipe Restrepo, compañeros de editorial Mapas, Rafael Molano, Alfonso Parra, Fernando Gómez, David Sisso, Guido Chouela, Milena Vodanovic, Paula Recart, Carolina Díaz, Camila Berger, Andrea Palet, Daniel Samper Ospina, Diego Garzón, Daniel Ulanovsky Sack, Sergio Olguín, Ricardo Coler, Laszlo Erdelyi, Elvio Gandolfo, Paula Escobar, Gazi Jalil, Paula Coddou, Sandra La Fuente, Lisa López, Roberto Valencia López, José Carvajal, Gabriela Wiener Bravo.

CRÓNICAS Y PERFILES

El gigante que quiso ser grande¹

El País Semanal, España 18 de febrero de 2007

No.

Esta no es una tierra extraordinaria. La provincia de Formosa, en el noreste argentino, es una planicie sin elevaciones con una vegetación que fluctúa entre el verde discreto de las zonas húmedas y los campos agrios de la sequía. No hay lagos ni montañas ni cascadas ni animales fabulosos. Apenas el calor del trópico mezclado con el polvo en una de las regiones más pobres del país. Y sin embargo allí, a orillas de un río llamado Bermejo, un pueblo de nombre El Colorado —donde diecisiete mil personas viven del trabajo en la administración pública y la cosecha del algodón— tiene, entre todas sus criaturas, a una criatura extraordinaria: El Colorado es la tierra del Gigante.

Son las dos de la tarde de un día de noviembre. Las calles del pueblo se revuelven a cuarenta y tres grados de calor y en el hotel Jorgito una mujer joven, de andar cansado, dice:

—Pase, le muestro su cuarto.

Los cuartos son así: cama, ventilador, la mesa, el baño. Cuando la mujer se va suena el teléfono y una voz honda, —la excrecencia del eco de una catedral o de una bóveda, —dice:

—Al fin. Ahora estás en mi territorio.

Desde su casa, a cinco cuadras del mejor hotel del pueblo, Jorge González, el gigante, se ríe.

Un resumen diría lo que sigue: que Jorge González nació el 31 de enero de 1966 en El Colorado, a mil doscientos kilómetros de Buenos Aires, hijo del matrimonio de Mercedes y Felipe, ama de casa ella, empleado de la construcción él, y que vivió con esa familia compartiendo lo po-

co que compartir se podía: un cuarto con sus hermanos (Plácida, Zunilda, Ricardo, Ornar) y apenas la comida. Diría, también, que después de iniciarse a los 9 años en trabajos de los brutos —cosechar algodón, desmontar monte cerrado— a los 16 le propusieron integrar un equipo de básquet en un club de la vecina provincia de Chaco y él dijo sí. Que jugó en la Selección Argentina, fue elegido en el draft de la nba, devino estrella de la lucha libre, viajó por treinta países, participó en la serie Baywatch, tuvo mujeres, tuvo chofer, tuvo dinero, y que hoy vive en el pueblo que lo vio nacer sin poder caminar, pobre, solo y diabético. Y diría, también, que todo eso le sucedió a Jorge González por ser una criatura extraordinaria de dos metros treinta y un centímetros de alto —un gigante— y que a eso —a esa altura— le debe toda su suerte. Le debe toda su desgracia.

El aire está asediado por una tormenta líquida que durará tres días con sus noches y transformará al pueblo en un infierno viscoso, pero por la calle Salta —de tierra, a cinco cuadras del centro donde centro quiere decir la plaza principal, municipalidad, un cine— todavía se puede caminar. El barrio es humilde y allí, bajo la galería de una casa cuyo jardín delantero está salpicado por envases vacíos de gaseosa y colillas de cigarro, junto a una camioneta Ford Bronco roja y vieja, sentado en un enorme sillón de madera como un trono, fumando, Jorge González hace lo de todos los días: espera, intenta hacer sus bromas.

—Ya me viniste a molestar. Pasá.

Después se pone de pie y se aferra a la silla de ruedas de construcción casera que usa como caminador —negra, de hierro, chirrido de hospital cuando la empuja— y queda claro que dos metros treinta es la altura de una casa.

En el living hay una computadora, un sillón enorme como el de la galería, videos de Terminator y El padrino. En las paredes, un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, fotos de antiguas glorias de la nba —Spud Web, Glenn Doc Rivers, Dominique Wilkins— y de Jorge González embutido

en un catsuitde «Hombre Montaña» apretando a Pamela Anderson en bikini en el set de Baywatch. A un lado está su cuarto, siempre cerrado, al que llama «El templo del amor». Hacia el fondo, una cocina sin ventanas donde el mobiliario llega al pecho de una persona de un metro setenta. En diagonal, el baño con el inodoro y el bidet montados sobre un escalón de cemento y dos botiquines: uno, a una altura esperable; el otro cerca del techo. Frente al baño, el cuarto de Carlitos —medio hermano de Jorge, 8 años, hijo del segundo matrimonio de su padre— con un televisor siempre encendido y perchas con portatrajes de dimensiones jurásicas cubiertos de polvo. Detrás, un jardín con parrilla, un perro, un lavarropas pudriéndose entre pastos altos.

Jorge González empezó a construir esta casa junto a aquella en la que pasó su infancia el mismo día en que se fue de El Colorado, cuando tenía planes de volver e instalarse aquí con la mujer que más quería, la que más quiso: Mercedes, su tan querida, su doña madre. Ahora, a un lado y otro, pared por medio, viven sus hermanos: Omar —32 años, empleado de un taller mecánico— y Ricardo —33, desocupado, padre de Valentino, un niño de 2.

—Carlitooo.

—¿Queeé?

—¿Me traés la insulina, papi?

Carlitos —el pelo corto, los modos hoscos— aparece con los aplicadores de las ciento cincuenta unidades de insulina diarias que necesita su hermano mayor. Jorge se levanta la camiseta, apoya un aplicador en la cintura, duda un segundo, aprieta.

—Carlitos vive acá desde que murió mi viejo, en agosto pasado. Sabe que no lo necesito. Que se puede ir si quiere, pero que para quedarse acá tiene que cumplir mis reglas.

—¿Y cuáles son tus reglas?

—No te las voy a decir, a mis regias.

Después, asegura que sólo tiene buenos recuerdos de su infancia.

—Cuando uno no es consciente de la miseria, lo pasa bien.

Jorge González creció sabiendo qué cosa eran los lujos: todo lo que él y su familia no podían hacer. Ir al cine, comprar ropa, tomar gaseosas, un helado.

—Éramos muy pobres, pero yo tenía un gran alivio cuando llegaba a casa. Mi mamá era todo para mí. Yo le ponía la cabeza en el regazo y ella me empezaba a tocar despacito, como cuando los monos les tocan la cabeza a los monitos. Me sentía tan vulnerable, tan protegido-

Empezó a trabajar a los 9 años vendiendo diarios, lavando autos, cortando el césped, cosechando algodón, y aunque a los 6 parecía de 14 y a los 12 medía un metro noventa, nadie —ni él ni su madre ni su padre— vio en eso nada extraño. Pensaron, simplemente, que era un niño alto, un niño grande.

—Para mí la altura era una cosa normal. No era un problema.

Sin embargo Blanca Ocampo —vecina y amiga, más de 50 años, dos hijos, un metro dieciocho, enana— dice otra cosa:

—Él siempre fue acomplejado con la altura. Los chicos se reían de él. Nosotros estábamos mucho tiempo juntos y la gente decía «Uh, el gigante y la enana». A mí nunca me molestó. Pero a él le molestaba que le dijeran grandote.

Sea como fuere, a los 13 años la altura empezó a dejarlo afuera de algunas cosas. Del futuro, por ejemplo.

—Cuando empecé el secundario no conseguía zapatos de mi tamaño, y me hacía fabricar unas sandalias franciscanas. Iba así al colegio, hasta que un día el director me dijo «En sandalias no puede venir más». Y el hijo de puta no me dejó entrar más.

La vida siguió, sin colegio y con trabajo, hasta la mañana del 21 de septiembre de 1982 cuando —con 16 años y

dos metros dieciocho— Jorge González entró a aquel bar.

—Era un pool, pasé antes de ir al trabajo y me vio un viajante que estaba dejando mercadería. Me dijo que iba a hablar con los dirigentes del Hindú Club de Resistencia, un club de básquet. Dos días después vinieron dos tipos. El viajante les había hablado de mí. Del monstruo de El Colorado. Me dijeron que si quería probarme tenía que ir con ellos. Yo no quería, pero mi vieja me convenció. Me dijo «Andá, probá, acá siempre va a haber lugar para vos». Me fui ese mismo día, a las ocho y cuarto de la noche.

—¿Te gustaba el básquet?

—Era un trabajo. A quién le gusta su trabajo.

Y así, sin vocación, Jorge se fue.

—Se fue por nosotros —dirá después su hermano Omar—. Si hubiera sido por él, no se hubiera ido nunca. Pero no pensó en él.

Aquel septiembre el hijo de Felipe y de Mercedes tuvo una ambición desmesurada: no la de ganar dinero ni la de hacerse rico ni la de ser famoso, sino la de salvar a un pequeño grupo de personas: Felipe, Mercedes, Plácida, Zunilda, Ricardo y Omar. Sus padres, sus hermanos. Cuando marchó feliz a su futuro ya era —y no podía saberlo— un inmolado.

Llegó a Resistencia, capital de la provincia del Chaco, vecina a la provincia de Formosa, con lo puesto: un jean, una camisa, un bolso vacío.

—En el Hindú Club me mandaron a un hotel y me dieron un adelanto de plata que era el equivalente a lo que yo ganaba en seis meses. Le mandé la mitad a mi vieja, me compré diez cigarrillos, encendedor, me fui a un bar y me emborraché. Yo nunca había estado en un hotel, así que cuando me bañaba secaba los azulejos, tendía la cama. La primera vez que quise bajar no sabía cómo funcionaba el ascensor. Entraba y salía, y pensaba «¿Cómo bajo?». Volví a la habitación, levanté un teléfono, un tipo dijo «Hola», le dije «Mire, quiero bajar y no sé». Me tuvieron que venir a

buscar. Pero yo estaba en la gloria. Yo no conocía el jabón de tocador, siempre me había bañado con jabón de lavar la ropa, café no había tomado nunca. Y en Resistencia había de todo. Jabón, café, raviolos, bifés. Nada podía ser mejor que eso.

Empezó a aprender las reglas de ese deporte que ignoraba, y aunque nunca, mientras estuvo en el Hindú, intervino en un partido, la noticia del enorme jugador que entrenaba en aquel club de provincias no tardó en llegar a Buenos Aires. El 8 de marzo de 1983, en una emblemática revista deportiva llamada *El Gráfico*, el periodista Osvaldo Orcasitas publicaba un artículo titulado «Nuestro básquetbol tiene un diamante de 2,17»: «Estamos en el punto cero de una historia. El futuro dependerá de él, de sus ganas de aprender. Pero también del apoyo que se le brinde, de la preocupación que haya por orientarlo». Ese mismo año, Jorge fue contratado por el club Gimnasia y Esgrima de La Plata, en la provincia de Buenos Aires, a cientos de kilómetros de su pueblo natal.

—Vino una persona de dos metros veinticinco, muy joven, muy desprotegido —recuerda Ismael Cericiolo, por entonces jugador del plantel de Gimnasia y Esgrima—. Se llevaba bien con sus compañeros y era tremendamente goloso. Bajaba a la madrugada, se comía dos docenas de medialunas y después desayunaba con nosotros.

En 1985 un técnico llamado León Najnudel lo incorporó a Sport Club de Cañada de Gómez, en la provincia de Santa Fe, y fue allí donde empezó a revelarse como un jugador de talento, al punto que ese mismo año fue convocado para la Selección Nacional.

—Nunca habíamos tenido un jugador tan alto y con sus condiciones —recuerda Antonio Chiche Gornatti, asistente por entonces de Finger, el director técnico de la selección—. Era talentoso, pero no utilizaba todo su potencial porque tenía piedad con sus adversarios: andaba por la cancha pidiendo perdón si tropezaba con alguien. Tenía un

enorme complejo con su tamaño. En las concentraciones no quería salir del hotel para que no lo vieran, y comía de forma desahogada. Pesaba ciento setenta y cinco kilos y necesitaba bajar unos treinta. Lo habían operado de una rodilla y su peso no ayudaba. Los entrenadores discutían mucho con él por esa cuestión.

Aunque hoy Jorge asegura que su peso era normal («Tenía tres o cuatro kilos de más»), en 1989 declaraba a la revista *El Gráfico* que, en efecto, arrastraba «mi drama de siempre: el peso». De todos modos era un basquetbolista reconocido, y en diciembre de 1987 viajó a España con la Selección Nacional para jugar el Torneo de Navidad.

—Y debe haber habido un problema de vuelos, porque tuvimos que quedarnos todos a pasar el 24 de diciembre en Madrid. Fue la mejor Navidad de mi vida. La pasé solo, en la habitación del hotel, con la mejor comida que te puedas imaginar, con champagne. Por la ventana se veía el Paseo de la Castellana, nievecita, luces en los árboles...

Y fue entonces cuando el engranaje de lo que acechaba se puso en marcha. Mientras Jorge González comía y brindaba y veía la nieve caer, en Estados Unidos un hombre llamado Richard Kane, cazatalentos de los Atlanta Hawks, equipo de básquet del emporio de Ted Turner, miraba un video de la Selección Argentina durante el Torneo de Navidad en Madrid y se relamía con eso que no parecía posible: ese increíble hombre ágil de dos metros treinta.

Y ése, así, fue el principio del fin.

Es de noche y la calle Salta, bajo un par de faroles anémicos, es un vórtice oscuro. En el living Jorge fuma despacio, una toalla sobre el hombro para secar el sudor eterno y tanto. Sobre la silla negra hay cigarrillos, un mate, sus boquillas.

—¿Querés cenar? Pidamos pizza. De cuatro quesos.

—¿Van a traer pizza con esta lluvia?

—Cuando Jorge quiere, Jorge quiere.

La silla oficiará de mesa para los vasos, la pizza, la gaseosa. Carlitos, sentado en un sillón a espaldas de su hermano, comerá cinco porciones mirando el piso. Jorge, ninguna.

—Yo nunca ceno.

—¿Eso es bueno para tu diabetes?

Se encogerá de hombros con desprecio. Mirará la calle, una viscera brillante y resbalosa.

—Si no viene viento del sur, nunca va a parar de llover.

Cada año, en el mes de junio, la nba realiza su draft, una selección de jugadores para la nueva temporada que implica un contrato provisorio con el equipo. Aquella Navidad de 1987 Richard Kane había visto jugar a Jorge González en España y pensado que valía la pena apostar por él. El draft se realizó el 28 de junio de 1988.

—Yo estaba en Buenos Aires, comunicado con el corresponsal en Nueva York —recuerda Osvaldo Orcasitas, el periodista de El Gráfico—. En la tercera ronda me avisó que había quedado Jorge González con el puesto número cincuenta y cuatro. Fue el primer jugador argentino de la historia en ser elegido en un draft de la nba. Era una locura, una cosa demencial, importantísima. Llamé por teléfono a León Najnudel, que estaba entrenando en Cañada de Gómez, y le dije «León, pará el entrenamiento, Jorge quedó en el draft».

Un par de meses más tarde, el 19 de agosto, Brendan Suhr, asistente de Mike Fratello, el entrenador de los Atlanta Hawks, llegó a Cañada de Gómez con un contrato que prometía cien mil dólares al año en caso de que el argentino ingresara, efectivamente, al equipo. Para eso tenía que ir a Atlanta y realizarse una serie de exámenes y pruebas. En enero de 1989 Jorge viajó a Estados Unidos, fue tapa del USA Today, se hizo sus estudios y regresó con una serie de instrucciones que incluían, sobre todo, la de bajar de peso. Si las cumplía, jugaría en la nba desde la temporada siguiente.